De los católicos luego
Rompieron los duros grillos,
Y ya vueltas las espaldas
Abandonaban el sitio,
Cuando con sonora voz
El jóven árabe dijo:
—«Libertadme, caballeros,
Y dadme el santo bautismo.»—
—«Loado sea Dios»—clamaron
Dos valerosos caudillos,
Que eran Aguilar y Ponce.
—«Libre estás, él sea contigo.»—
—«No, repuso el prisionero
Quiero al combate seguiros:
Dadme armadura y espada,
Justicia y venganza os pido.»—
«¡Ay de tí Tarfe!» exclamó
Blandiendo el acero fino,
Y rápido como el rayo
Partió al palacio morisco;
Mas no le halló, que el tirano,
De los combates al ruido,
Antes que salvar la pátria
Toma cobarde el camino.

IV.

Poco tiempo despues, creyendo Tarfe
Que aparecer en bélica palestra
Fuese lo mismo que oprimir al debil
Y encerrar en mazmorras la inocencia,
Arrogante llegó pidiendo campo
De Isabel y Fernando á la real tienda,
Y blasfemó del nombre de María
Con negro corazón y torpe lengua.
Ante los reyes un doncel postróse
Aunque nuevo adalid, de cuna tersa,
Y pendón especial, la gracia obtuvo
De entrar con Tarfe en la marcial contienda.
Tornó en breves instantes victorioso,
Del bárbaro trayendo la cabeza,
Y su garzota de mecientes plumas
Fija en la punta de su lanza enhiesta.
El campo al verle entrar clamó «¡Victoria
Por el ilustre Lasso de la Vega!»
Y el árabe cantor entusiasmado
Los piés besó del español poeta.
Algun tiempo pasado, al cielo plugo
Que la sin par Granada se rindiera,
Y sucedió cuanto el cautivo moro
Profetizó cargado de cadenas.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
¡Ay del mortal que sin razón oprima
Al que ilumina inspiración suprema!
Si lanza en él la maldición, se cumple
Porque bajan del cielo sus sentencias.

TERCERA PARTE

ROMANCES

A LOS NATALES DE DELIO. (1)

La náyade más hermosa
Que orna del Pindo la falda
Descojido el manto azul,
Suelta la crencha dorada
De que prendado Favonio
Agita en torno sus alas,
De Helicón voló á la orilla
Pulsando cítara blanda.
¡Salve! dijo, y nació Delio
Coronado de guirnaldas.
Oro le brinda fortuna,
Flores amor le regala:
Él, apenas vé la luz,
Las rosas de Chipre gratas
Toma, despreciando el oro
Con que fortuna le halaga.
Corren los años veloces;
Mas la deidad, enojada
Del desaire que al nacer
La hiciera, pide venganza.
Persíguele hasta lograr
Verle ausente de su pátria
Y en los extranjeros ríos
Beber las aguas amargas;
Hasta que piadoso el cielo
Salvo á Cuba le tornara
Donde complaciente vive
Colmado de honor: y es fama
Que cuando anuncia el Octubre
La cuarta vuelta del alba,
De Helicón los dulces cisnes
Y las vegueras cubanas,
Aquellos con áureas liras
Y estas con índicas arpas,
Cantan la *luna del Cuzco*
Y las ruinas de la Alhambra. (2).

EL EVANGELIO.

Camino de los Güines,
Dulce tiple tañendo,
Todo entregado á Baco
Iba un jóven montero,
Con tarda incierta marcha
Recitando estos versos.
«No hay para el hombre pobre
Tan eficaz remedio
Como el de emborracharse;
Pues así el pensamiento
Vé objetos muy distintos
De cuando se halla cuerdo.
Quizá por eso á Baco
Lo pintaron en cueros;

Y á fé, que si él estaba
Cuando el feliz encuentro
De aquella hija de Minos
Que abandonó Teseo
En las costas de Naxos,
Como estoy yo; bien pienso
Que al rehusar su amor
Fué sin duda temiendo
Fuera tan loco amando
Como era desatento.»
Esto el jóven decía
Mil monadas haciendo,
Lanzando sendas piedras
A gallinas y á perros,
Sin reparar los charcos
Que estaban en el suelo.
Llegó, por fin, á uno
Donde era el paso estrecho:
Paróse, observó un poco,
Y echóse al lado izquierdo.
Era apenas un vado,
Y lo cruzó tan diestro,
Cual quizá no lo hiciera
El más práctico y cuerdo.
Volvió á su anterior paso
Y yo, el caballo hiriendo,
Con él llegué á juntarme,
Y dije:—¿Cómo es eso
Que ha pasado, buen hombre,
Sin mojarse ni un dedo?—
—«Nosotros los borrachos,
(Me dijo sonriyendo)
Perdemos la vergüenza;
Más no el conocimiento.»—
De mi rocin al trote
Seguí yo así diciendo:
«¡No hay duda que este diablo
Me ha dicho el EVANGELIO!»

COMPAÑIA PELIGROSA.

Iban en compañía
Una tarde de invierno,
Corriendo gran borrasca,
Un jóven habanero
De zapatito bajo
Sin medias; un isleño
De levita y cachucha,
Y un andaluz de aquellos
De ¡sonci...! va... la otra!
¡Pó... geche osté lo mesmo...!
A una taberna entraron,
Pita larga pidieron,
Y como tres distintos
Sin medio verdadero,
Sobre cuál pagaría
Se armó el contrapunteo.
Llegáronse á las manos
Y á botellazos luego.
Conque salió el más libre
Con media cara menos,
Y alcanzaron las chispas
A los que estaban viendo.
—En viendo estas compañías
Huye, Favio, muy lejos,
Que de tal gente junta
No sale nada bueno.—

CORA.

Hondos suspiros lanzando
Del Sol las sacerdotisas
Fijos los ojos en tierra
Con tardo paso caminan.
Cien guerreros las rodean,
Que al son de roncas vocinas
Cantando marchan, armados
De mazas, arcos y picas.

¿Cuál es criminal entre ellas....?
¿De cuál yerro la castigan...?
¿Porqué no vá, como debe.
Junto al Soberano Inca...?
¡Ay! que son sus tristes padres
Los dos ancianos que miras,
Quienes tragará la hoguera
Por la vestal fugitiva.
¿Veis con palmas de alcanfor
Sus canas frentes ceñidas,
Y los codos que á la espalda
Atados, sangre destilan?
¿Veis en el centro de aquella
Arboleda semi-círcula,
De plátanos y bambúes
Que el viento apenas agita,
La fosa profunda y cóncava,
Sedienta de humanas víctimas,
Arrojando al Eter vano
Llamaradas infinitas?
Pues allí van inocentes
Por Cora á perder la vida:
Por Cora, que tanto amaron,
Y que adoran todavía.
Ya llegan, ya les desnudan
Las blancas túnicas limpias...
Ya los cánticos de muerte
Suenan, y eterna partida.
Hablar el anciano intenta.
—«Habla»—le contesta el Inca,
Y acude á enjugar el llanto
Que corre por sus mejillas.
Cruza en el pecho los brazos,
La vista en el cielo fija,
El corazón en la Gloria,
Y en tierra las dos rodillas.
«¡Manco Omnipotente, (exclama)
Sagrado Dios de las Indias!
Nuestras almas con placer
Ante tí se sacrifican;
Empero permite ¡oh Sol!
Que humildemente te pida
Una merced que hacer puedes
Por tu potencia infinita:
Y es que cual tú quede claro
El honor de mi familia,
El lustre de tus altares,
Y la virtud de mi hija.
¡Ay! mi Cora es inocente,
El corazón me lo dicta,

Que no es malo nunca, quien
Con buen ejemplo se cria.»—
Ha dicho con firme acento,
Y con el alma oprimida
Abraza á su esposa y vuela
Hácia la funesta pira.
. . . . . .
¿Por dónde, ignota fantasma,
Fué tu invisible venida...?
¿De dó sacaste ese manto
Bordado de plata fina
Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relievado el guarda-monte
Con las armas de Castilla?
¿Porqué entre los dos y el fuego
Defiendes el paso, á guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida...?
—«¡Teneos!» dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,
Y absorto y convulso exclama:
—¡Cora...! ¡Alonso de Molina.,.!—
«Cora...!» «¡Alonso...!» el campo suena,
Y amante, padres é hija
Abrazáronse y «¡perdon...!»
El pueblo y guerreros gritan.
Postróse Alonso á los piés
Del gran Príncipe Atalibas,
Y alcanzó de su bondad
Abolir la ley impía;
Por la que, á la menor falta
Que en el templo cometían,
Eran aquellas vestales
Llevadas á quemar vivas.
Así de amor fuéles dado
Gozar la inefable dicha,
Pasando á esposas y madres
Del Sol, las sacerdotisas.

EL PESCADOR DE SAN JUAN.(3)

I.

SALUTACIÓN.

Lleno de gozo y amor
De San Juan junto á la orilla
Cual amante ruiseñor,
Cantaba así en su barquilla
Un cubano pescador.

«Dulce y adorada Amira,
Escucha á tu fiel cantor,
Que solo por tí suspira,
Y te saluda en su lira
Aunque le ves pescador.

Sé que tu pecho no esquiva
Mi fino y rendido ardor,
Y que con canción festiva
Siempre repites «¡que viva
De San Juan el pescador!»
Si alguna blanca desdeña
Con genio murmurador
Tu virtud, que tiene es seña
Envidia de la trigueña
Que celebra el pescador.
Tendrán quizá algun amante,
Más aparente Señor,
Más rico y más elegante;
Pero no que así les cante
Como á tí tu pescador.
Díles que son como estrellas
Los ojos de tu cantor,
Y aunque se alaben por bellas,
Vale más que sus querellas
Un beso del pescador.
Díles que el juicio perdieran
Al contemplar su esplendor,
Y que de envidia murieran
Si solo una vez te vieran
Abrazando al pescador.

Díles que tiene por vela
De Vénus el ceñidor,
Y que las alas de amor
Son los remos con que vuela
La barca del pescador.
Así quedaran confusas
Al ver el almo candor
Con que su maldad rehusas,
Y que tejieron las musas
Las redes del pescador.
En fin, mi gozo inefable
Recibe, preciosa flor,
Mi cariño incomparable
Y el corazón invariable
De tu amado pescador.»
Dijo, y levó su potala
Marmórea de albo color,
Luciendo, mientras que hala,
Como el oro de Zempoala
La frente del pescador.
«Amor» cuando se movían
Dicen los remos, «amor»
Los pececillos decían,
Y las olas repetían
Los ecos del pescador.

II.

EL CANGREJO Y LA GARZA.

Ya en los mares de occidente
El Sol su luz ocultaba,
Mientras que yo discurría
Por las riberas de Sagua
Cortando los tibisies
Con que fabrico mis nasas.
Sobre un manglero frondoso
Posádose había una garza,
Y el envidioso cangrejo,
Desde el cieno así le hablaba:

—«¿Presumes que eres hermosa,
Hábil, ligera y gallarda,
Porque el aire veloz mides,
Y presta en el suelo andas?
Pues sabe que me incomodas
Y eres desproporcionada,
Que toda te vuelves piernas,
Pescuezo, plumas y alas:
Yo tambien por tierra corro,
Y sé nadar en el agua.»—

—«Nunca tu enemiga fuí,
Contestó el ave bizarra;
Mas pues la naturaleza
Te prohibe el ver tus faltas,
Quiero decírtelas. Eres
Bestia inmunda, informe, extraña,
Emblema de los chismosos
Por tu boca extraordinaria:
Tu cara (si es que la tienes
Donde nadie te la halla)
Es horrible, grande y dura,
Y toda tu forma es rara.

Por despellejar á otros
Al aire tus huesos andan;
Vives siempre desconfiado,
Porque quien á todos daña,
Teme que le dañen todos.
(Unica razon que alcanza)
Sí, nadas y corres; pero
Para a trás corres y nadas.
Murmuras mis muchas piernas,
Sin ver que todo eres patas,
Y en fin, el que te crió,
Por humillar tu arrogancia,
Hace que nazcas en lodo
Y en él mueras, esto basta.»

El cangrejo, sin vergüenza,
(Que tenerla es cosa rara
Quien sin mirarse la suyas
Murmura de agenas faltas)
Huyó á esconderse en su cueva:
Fuese á otro mangle la garza,
Y yo á cortar tibisies
Para fabricar mis nasas.

III.

LA SARDINA.

«Al que no te enseñe plata
No le dés ni una sardina.»
Esto me gritaba un jóven
Del mar parado en la orilla,
Y curioso por saber
La causa que le movía,
Viré de prora, y en tierra
Hice embicar la barquilla.
Le ví el pantalón tan roto,
Tan sin sombra de camisa,
Y en fin, tan flaco y descalzo,
Que un espectro parecía.
—«No extrañes que así te hable:
Aunque me ves sombra viva,
Yo en un tiempo fuí poeta
Todos versos me pedían,
Dándome en cambio alabanzas
Que en verdad no merecía;
Falté á mis obligaciones
Por andar loando ninfas
De amartelados amantes
Que visto en mi vida había,
Y me han puesto en el estado
De mendigar la comida
Y vivir entre los montes
Como bestia fugitiva.
Adios, sigue mi consejo,
Desgraciado si lo olvidas.»—
Mas yo, que tambien la vena
De generoso me pica,
Y que del tonto la plaza
Pagué veces infinitas,
Contesté—Dios te lo premie—
Volviéndome á la barquilla,
Jurando que en adelante
Aunque las bote podridas,
«Al que no me diere plata
No le doy ni una sardina.»

IV.

LA FRAGATA Y LA BARQUILLA.

Infladas las anchas velas
Al soplo de fresca brisa,
Una alígera fragata
Del puerto ufana salía:
Desde la dorada popa
Burlando de mi barquilla,
El capitan y el piloto
—«¡Ah de la real!»—me decían,
Y con silvos y risadas
Insultaban mi desdicha.
Yo los miré con paciencia
Desenredando mis pitas,
Y ellos se alejan ligeros
Casi á perderse de vista.
Era cerca de la noche,
Mi rostro al norte se fija,

Y sus verdi-negras nubes
Próxima tormenta indican.
Suelto la potala, y corto
Mis cordeles, remo aprisa,
La palanca clavo en tierra
Y llego salvo á la orilla.
Cúbrese de luto el cielo,
Ráudo el relámpago brilla,
Restalla horrísono el rayo,
Ruge el mar, el Bóreas silba,
Y su ímpetu horrible arranca
Las palmas de las colinas.
Allá lejos, de las ondas
Y los vientos combatida,
Roto los cables y velas
Y sin timon, se divisa
La desventurada nave,
Do quier volando las drisas,
Ya bamboleando en las ondas,
Ya en los abismos se hundía:
Aquí un cañon, suelto rueda
Y á muchos deja sin vida;
A otros allí por librarse
Les coje el mar cuando huían:
Así bajando y subiendo
A la tierra se avecina,
Hasta dar con una roca
La no bien compuesta quilla.
Cuál asegura una tabla,
Cuál á una flotante pipa
Pasa la noche aferrado
Esperando el nuevo día.
Calma el viento, el mar serena,
Y los que ayer burla hacían,
Hoy su salvación debieron
A mi bondad compasiva,
Que desmayados á tierra
Los conduje en mi barquilla.
Así, conozca los llantos
Que vienen tras de la risa,
El que se burla del pobre
Por ser de alta gerarquía.

V.

LAS DOS OLAS.

De blanda brisa impelidas
Como dulces compañeras,
Dos olas del mar salado
Marchaban á la ribera,
Cuando impaciente la una
Acusando la pereza
De su amiga, así le dice:
—«Atrás, taimada, te queda;
Así nunca medrarás
Por andar con las pequeñas:
Verás como ahora me junto
Con otras olas soberbias,
Y me levanto del Ponto
En la superficie tersa,
Y sumerjo los navíos
Y me trago hasta la tierra.»—
No bien húbose engrosado
Y extendido, cuando envuelta
Por su misma pesadumbre
Quedó en espumas deshecha,
Y así acabó; mas la hermana
Que alzarse la vió tan hueca,
Siguió callada y tranquila
Burlando de su demencia.
Ya un pintado pececillo
Saltando la sigue y juega,
Ya en ella el suave Favonio
Su planta toca ligera;
Así se vá deslizando
Hasta que á la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella,
Y sube á su rostro, y moja
Su flotante cabellera,
Pasando á morir tranquila
En lecho de blanca arena.
Yo que mis redes cuidaba
En tanto que el Sol las seca,
Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Creí que el mundo era el mar,
Y hombres las olas. Aquellas,
Que de la calma se apartan
Desdeñando la pobreza
Y con los grandes se juntan
Por ostentar preeminencias,

Son trasuntos de los vanos
Amantes de la opulencia
Que mueren sin alcanzarla
Entre el ánsia y la miseria,
Desprendidos de los suyos
Por seguir quien los desprecia:
Y éstas, que caminan mansas
Y no ambicionan ni anhelan
Más bienes que aquel estado
Que les dió naturaleza,
Son los pacíficos hijos
Del DEBER y la PRUDENCIA,
Que ni murmuran ni envidian
Ni de los suyos se alejan,
Ni distinguen por colores,
Ni casan por conveniencia,
Ni se envanecen, ni tienen
El trabajar por afrenta,
Y solo precian acciones,
Y viven de lo que pescan.

INÉS Y ROSA.

La mañana de San Juan
Cuando sus largos cabellos
Salpican de lindas flores
Las jóvenes con esmero;
Cuando se cuelgan los patos
Untados en grasa el cuello,
Y los ginetes se afanan
Para disputarse el premio;
Cuando brilla una sortija
Que codician los cortejos,
Y cada bella ambiciona
Ornar con ella su dedo;
Entre el grupo de hermosuras
Que presenciaban los juegos,
Hallábase la preciosa
Inés de Rebacadero,
La que se lava los piés
De Sagua en el nacimiento,
Y pisa los granos de oro
Bajo el Escambrai soberbio;
La que cuando canta y toca
En el arpa el *zapateo*,
Tiene las manos de ángel
Y la garganta de cielo;
La que cuando lleva al baile
Su chal de púrpura puesto,
Es la envidia de las damas
Y el pasmo de los vegueros:
Y en fin, la que jugó el pollo
Malatobo espueli-negro
En Arimao, y ganó
Al de Iznaga jiro-prieto.
Iba sobre un alazan
Con sillon de terciopelo,
Y las cintas de su gorra
Sueltas á merced del viento.
De azul-celeste vestida
Estaba con cabos negros,
Y negros eran los guantes,
Blanco y bordado el pañuelo.
Varios ya, corrido habían
La sortija sin efecto,
Cuando el gallardo Narciso,
El que vive en *Sitio-viejo*,
Picando desde *Anton-Diaz*
Cual relámpago ligero,
Sobre su potro gallado
Entró á la marcha en el pueblo.
Todos corren á porfía
Antes que emprenda el mancebo
Su carrera, porque saben
Su pulso y ojo certero;
Mas él del triunfo seguro,
Llegó á Rosa, no advirtiendo
Que disimulada Inés
Le observaba no muy lejos.
—«Por verte, y porque me vieras,
Doncella de la *Pastora*,
He venido en media hora
Desde *San Juan de las Yeras*.
Si ser desairada esperas
Con pesar, por las que aquí
Tienen sus amantes, dí
Que no puede suceder,
Porque voy, niña, á cojer
La sortija para tí.»—
Dijo, y picando el gayado
Llamó el animal al freno,
Que dió un salto, relinchó,
Y todos campo le hicieron.

Llegó Narciso á la raya,
Lanzó un doblón en el suelo,
Sobre el aro imperceptible
Fijó sus ojos de fuego.
Y partió... mas cual saeta
Parte tambien á su encuentro
Una amazona aguijando
Su fuerte alazan ligero.
Cejan los brutos al choque,
Y alegre el concurso inmenso
Aplaude el terrible arrojo
Con silbos y palmoteos.
Miróle Inés un instante,
Rabiosa de enojo y celos,
Y luego con falsa risa
Dijo en irónico acento:
—«Permítame usted que corra
Delante yo, caballero;
Compre sortija si quiere
Cumplir con su ofrecimiento:
Vaya á decirle amoríos
A Rosa la de *Cienfuegos;*
Que ésta no se la pondrá,
Porque tiene mejor dueño.»—
Dijo, y mientras que Narciso
La contemplaba suspenso,
Alarga las riendas, pica,
Llega y arrebata el premio.
Rosa, al verla que volvía
Ufana del buen suceso,
Mordióse sus rojos lábios
Y bajó la vista al suelo.
—«*Señorita, dijo Inés,*
Tenga, porque no se aflija,
La prenda de su interés.»—
Y rompiendo la sortija
Arrojósela á los piés.
Marchóse al punto jurando
A Narciso un odio eterno.
. . . . . .
Mas cuenta despues la historia
Por boca de todo el pueblo
Que murió la pobre Inés
Devorada por los celos

EL DESENGAÑO.

Cansado un marido pobre
De ver miseria en su casa,
Sin dinero, sin salud
Ni encontrar quien le fiara,
Ya que no le era posible
Tener carne sin dar plata,
Dijo:—«Pues gocen los ojos
Lo que el estómago ánsia.»—
Dirijióse al matadero,
Sentóse sobre una tabla,
Y allí aguardando se estuvo
Que empezase la *matanza*,
Donde de varios sujetos
La reunion contemplaba,
Y al ver sus hondos bolsillos
Llenos de monedas varias
Aunque ambicioso no era,
Pudo su fiera desgracia
Hacer, que la suerte de ellos
Más de una vez envidiara.
Llegó el momento terrible
En que las reses se sacan
Llenas de cuerdas y heridas
Para darles muerte aciaga.
Entónces como adalides
Que en las justas se adelantan
Aguijando los corceles
En ristre puestas sus lanzas,
Armóse entre todos juntos
Una confusa algazara:
Cuál afirma que es ternero
El que de matar se trata;
Cuál si la moneda debe
Ser sencilla ó columnaria,
Y cuál, en fin, si la edad
Se vé en el corte del asta.
El contratista y el fiel
Trabaron disputa brava,
No porque viesen las reses
Diez días, sin beber agua;
Que aunque ello un descuido sea
Que á todo el público daña,
El público para ellos
Vale lo mismo que nada.
Era su propio bolsillo
El que cada cual miraba,

Desatendiendo las leyes
Que sus atributos marcan.
En fin, el juez que nombrado
Allí de mes se encontraba,
Como hombre justo falló
Imparcialmente en la causa.
Mas no por eso quedaron
Los contendientes en calma,
Porque con ojos torcidos
El uno al otro miraba.
Reflexionando el buen hombre
Los disturbios que allí pasan,
Dijo—«Si tantas fatigas
Cuesta tener carne y plata,
Como no encuentre otra cosa
En que poder agenciarla,
Si ha de ser por este estilo
Jamás las habrá en mi casa.»

LA SATISFACCIÓN.

CUBANO.

Una encapotada noche
Del Diciembre, oscura y fría,
Lisio, veguero que mora
Del Ay en la verde orilla,
Sentado sobre una piedra
A la puerta de Selmira,
La más apuesta beldad
Que con planta breve pisa
Las alfombradas praderas
Bordadas de florecillas
Que argenta la blanca aurora
En los campos de Güinia,
Al son de su tiple blando
Cantaba con voz melíflua,
Para acallar con sus trovas
Las quejas de su querida.

«Prenda de mi corazón,
Ya que arrebatar te dejas
De la amorosa ilusión,
Te probaré que tus quejas
En todo infundadas son;
Dices que un pesar agudo
Sientes, que amor no te tengo,
O que de tu afecto dudo,
Toda la vez que no vengo
A visitarte á menudo.
Mil ejemplos te dará
Mi pecho fiel, cariñoso,
Por ser bien sabido ya
Que el rio más caudaloso
No siempre crecido vá.
Hace la lluvia favor
A los renuevos lozanos;
Mas si es con mucho rigor,
Mueren los tallos temprano
Sin dar una sola flor.
De una potencia infinita
Las llena el Sol refulgente;
Pero tambien las marchita
Si es muy contínuo y ardiente,
Y su belleza les quita;
Y como los amadores
Apasionados y rectos,
Si no templan su ardores
Sienten los mismos efectos
Que el Sol, el agua y las flores.
Por eso, prenda querida,
De mi esquivez aparente
No debes estar sentida;
Puesto que tú solamente
Eres el bien de mi vida,
A tí sola, amada hermosa,
Todos mis intentos van
Con marcha rauda y gozosa,
Como el acero al imán,
Como el céfiro á la rosa.
Calma, pues, el sentimiento
De que en nada tengo parte,
Y acoje el leal acento
De éste, que sabrá adorarte
Hasta su postrer aliento.»
— Dijo y calló; de repente
Abrióse sin ser sentida
Una ventana, en la cual
Un blanco pañuelo brilla.
Acércase Lisio á ella,
Reconoce, se aproxima,
Y después... ¡«Era una noche
Del Diciembre, oscura y fría!»

EL SANTO DE NISE.

CUBANO.

1.°

De Santa-Clara en el hato,
A orilla de un arroyuelo
Que de Sur á Norte jira
Con caprichosos rodeos;
Y luego sigue al poniente
Entre *purios* jigantescos,
A entrar en Camajuaní
Limpio, bullicioso y terso:
Por la Luna iluminados
Que decora el firmamento,
Al son de sus tiples cantan
Los más gallardos vegueros.
A un rincón del colgadizo
Yacen los machetes quedos,
Sus bien domados caballos
Pacen por el campo sueltos;
Forman un informe grupo
Las albardas y aparejos,
Y los jóvenes descansan
En fuertes bancos de cedro.
Todos el natal de Nise
Van á celebrar contentos,
Y llevan puchas de flores,
Y cintas en los sombreros:
Pañuelos á la cintura
De olan, y de seda al cuello,
Finas camisas bordadas,
Y joyas de mucho precio.
Es Nise la más graciosa
Trigueña de *Tierra-dentro*,
Tiene el cuerpo como un ángel,
La cara como un lucero,
Canta como un ruiseñor,
Es de canela su aliento;
Pero su gracia enamora
Más que su cara y su cuerpo.
Una décima á cantar
Iba «Juanico el Cayero,»
Conocido por «Sinsonte»
En San Juan de los Remedios.
Cuando cercano los pasos
De un caballo se sintieron;
Callaron á la vez todos
La vista al punto volviendo,
Y al reconocer el bulto
A recibirle partieron,
Dejando puesto sus tiples
Sobre los bancos de cedro.

2.°

De limpio y blanco vestido,
Sobre una jaca soberbia,
Tan fuerte y suave de paso,
Como gallarda y ligera,
Un jóven de negros ojos,
Rostro afable y talla esbelta,
Sin esperar que descorran
Los palos de la *tranquera:*
—«Por felicitar tu santo
Vengo, Nise, de las Huertas;
Dios te dé un siglo de vida.»—
Dice, pica, salta y entra.
Volaron de su corbata
Las puntas al aire sueltas,
Y las espuelas punzantes
Al tiempo de bajar suenan.
De carey, y plata fina
Su machete el puño ostenta,
Y en él lucen incrustadas
Finas y brillantes piedras.
Todos le tienden la mano,
Y él á todos recompensa
Diciendo—«Mandar, amigos,
A Marcial el de las Huertas.»—
Nise agradecida entonces,
Y sus padres que se acercan,
Dieron á Marcial las gracias,
Y mandan á abrir cerveza.
Claudio solo en el bullicio
De los otros no se mezcla;
Tomó su tiple, y á Nise
Miró de piés á cabeza;
Puso una prima, templólo,
Preludió *el punto* en sus cuerdas,
Y cantó con voz sonora

Estos cuatro *piés* por tema.
«He de morir ó vencer,
O has de ser mi amada prenda,
O todo lo he de perder
Con tal que tu amor no pierda.»
—Canta, *hermano*, (Marcial dijo
Poniéndose á su derecha)
Que aunque vengo sofocado,
No te faltará contesta.
Y golpeando con el *mocho*
En el canto de la mesa,
Impaciente que le llegue
De cantar su turno, espera.
El viejo en tanto se ocupa
Ordenes dando diversas;
Manda que del huésped guarden
El machete y las espuelas,
Que el lechón tostado viren,
Poner el vino en botellas,
Limpiar vasos, y quitar
La albarda á la jaca negra.

3.º

Como los celos sin duda
Son enjendros de Luzbel,
Que el que ama y llega á sentirlos
No los puede contener,
Claudio con Marcial al lado
Y Juanico frente á él,
(Que en pretensiones de Nise
Eran rivales los tres.)
Y todos tres con sus humos
De poeta tal cual vez,
Esta improvisó cantando
Segun lo ha dicho después.
—«Se afanan dos ruiseñores
Por una rosa de Abril,
Que es aurora del pensil
Y emperatriz de las flores;
Mas otro que sus favores
Tambien quiere merecer,
Jura firme y sin temer,
Por el Supremo Hacedor,
Que en defensa de la flor
Ha de morir ó vencer.»—
Menos Juanico y Marcial,
Todos contestaron—«¡Bien!
Ya está caliente, veremos
Quien le pone el cascabel.»—
Viendo que todos callaban,
Claudio con más altivez
Siguió por el mismo tema
Y cantó las otras tres.
A cenar, dijo el anciano;
Y no hubieron menester
Repetición, pues los plátanos
Pavos, lechon y pastel
Fueron cual real de enemigos
Asaltados á la vez,
A cuchillo, diente y *mano*
Sin dar á nadie cuartel.
—«¿Y Marcial?—preguntó uno»—
—«Con Claudio y Juanico fué
A tomar agua al arroyo,
Segun dijeron»—«Ya sé...
(Repuso el primero) y faltan
Sus tres machetes tambien...»
—¿Ir al arroyo por agua
Habiéndola en casa...? pues
Esos han ido... ¡qué diablos...!
Dios quiera... vamos á ver.—
Dijo, y tomando sus quimbos
Salieron todos tras él.

4.º

Dispersos por entre el monte
Que cubre el opuesto lado
Del arroyuelo, caminan
Los que la cena dejaron.
Tambien el padre de Nise
Ha querido acompañarlos;
Síguenle el *guincho* y el *trueno*,
Dos perros de casta bravos.
Al pié de una vieja seiba
Lucir machetes notaron,
Y á la vez exclaman todos:
—«¡Ellos son..! allí están..! alto..!»—
Todos á la seiba corren,
Y antes de llegar sacaron
Los unos sus *calabozos*,
Los otros sus *toledanos*.
Apartáronse al momento
Juanico, Marcial y Claudio,
Cada cual su acero tinto
En sangre de su contrario.
El capitán del partido
Rondaba por allí acaso,
Y las voces de JUSTICIA....

¡*Darse presos*....! resonaron.
Como tomeguin que viendo
Voraz gavilán cercano
Abre las alas y huye
Con la rapidez del rayo;
Así los promediadores,
Y contendentes dejaron
El puesto, y desparecieron,
Distinto rumbo tomando.
Al entrar en casa el viejo
Con sus dos perros cansado,
Sentóse sobre un serón
Y llamó á Nise, ignorando
Que si un *tercero en discordia*
Dió á Breton asunto tanto,
Nise aventajó al poeta,
Porque escapó con un cuarto.
Buscóla en el gallinero
Y bajo los emparrados
De jazmines, presumiendo
La hubiese el susto llevado
A ocultarse, temerosa
De algun imprevisto daño;
Mas viendo que sus desvelos
Y sus gritos eran vanos,
Ya comenzó á presentir
Diferente resultado,
Y lanzó tristes suspiros
Vertiendo abundoso llanto.
Mientras esto sucedía
A los dos padres ancianos,
Y unos huían, y los otros
Se estaban quizá curando;
Un hombre en su capa envuelto,
Con un trabuco cargado,
Puesta delante una jóven,
Aguija un moro mosqueado.
Como del Camajuaní
Ya la corriente cruzaron,
Y dirijen su camino
De la *Guadalupe* al *Cayo;*
La Luna, que solo á un tercio
De su carrera ha llegado,
Refleja en sus negros ojos
Y dá en su rostro de plano.
Era Nise, y Rafael
Aquel en discordia cuarto,
Que casó con su trigueña
De tres semanas al cabo.
Un día de buen humor
Ante Nise contó el paso,
Y no me pareció mal
La historia de los tres guapos
Que despues de haberse herido
De Nise por los encantos,
Ni han vuelto á pensar en ella,
Ni en la noche de su santo.
Bien que por parte de Nise
Están los matones pagos;
Pues jura que jamás quiso
A Marcial, á Juan, ni á Claudio.

FAJARDO.

MORISCO.

Era la noche; en silencio
Estaban montes y valles,
Solo del viento el silbido
Resonaba entre el ramaje.
Del Genil por la ribera
Caminaban cuatro alarbes,
Armados de largas picas
Y damasquinos alfanges.
Cabalgan prestos corceles
Más negros que el azabache,
Y doradas medias lunas
Ornan sus rojos turbantes:
Detienen al par los brutos,
Observan por varias partes
Y ocúltanse cautelosos
Al pié de unos verdes sauces.
No léjos vése una quinta
En cuyo centro se esparcen
En ternísimos coloquios
Dos misteriosos amantes;
Embelesados respiran
El puro impregnado aire
Con el perfumado aroma
De alejandrinos rosales.